

Carlos en el aula

Javier Rodrigo

Universitat Autònoma de Barcelona

Si tengo que recordar a Carlos Forcadell me gusta hacerlo como docente. Más allá de su labor como historiador e investigador, como presidente de la Asociación de Historia Contemporánea, director de la Institución Fernando el Católico, cronista de la Muy Noble, Muy Leal, etc., ciudad de Zaragoza (hubo un tiempo muy divertido en el que cada vez que le sonaba el móvil decía: «a ver qué cargo me proponen») o como compañero de departamento, siempre he creído que Carlos era, por encima de todo, un excelente profesor y un increíble comunicador en el aula. De los muchos aspectos de que podría hablar aquí, permítaseme dado el escaso conteo de palabras disponible (6000 caracteres se acaban pronto: los textos largos son aquí privilegio de currículos más amplios) centrarme en ese aspecto.

Recuerdo bien sus clases de Historia de España por cómo combinaba el análisis de referencias provenientes de la historia social con aspectos propios de una historia cultural entendida como estudio de las formas de identificación y representación. Carlos era, o al menos así lo es en mi memoria, un profesor de vieja escuela, de los de larga digresión y pocas preguntas. Un clásico en lo docente, y un clásico en lo historiográfico, pues para cuando fui alumno suyo (el curso 1996-1997) las herramientas teóricas y metodológicas de la historia social en las que se había formado y que aún proyectaba en las aulas constituían un inevitable bagaje *sine qua non* de la historiografía contemporaneísta, pese a que por entonces fuese un edificio que en España comenzaba a mostrar fatiga de materiales y que fuera de la Península estaba desde hacía tiempo bajo el acoso de las bolas de demolición culturalistas. Pero un clásico en constante movimiento. De hecho, un aspecto interesante de la trayectoria científica de Forcadell es su contribución como editor de volúmenes colectivos, o desde su responsabilidad editorial en la IFC, al desmontaje de una historia social increíblemente conservadora en la elección de sus sujetos de estudio y perspectivas de análisis, devenida en no pocos casos vulgata política moralista de buenos y malos proyectada hacia el pasado. Forcadell provenía de una historia social que en España se tradujo en el monopolio de los libros amarillos de Crítica, tan importantes por lo que publicaban como significativos por lo que omitían. Pero con su serie de libros azules en la IFC, menor en cantidad pero no en espesor, ha contribuido de manera decisiva entre nosotros a echar los cimientos de otro tipo de historia y otra manera de entender la historiografía. Forcadell representa un tipo de historiador en constante movimiento de lo clásico a lo actual, del papel al *pentium* y luego al *big data*. Sin embargo, no es ese el objeto de este texto.



Con Javier Rodrigo –primero por la izda.–, Encarna Nicolás, Manuel Pérez Ledesma, Manuel Redero, Ramón Villares, Luis Martínez Campo, Gustavo Alares, Isabel Moll, Mariano Esteban, María Dolores Lacalle; sentados: Ignacio Peiró, Miquel A. Marín y Pedro Rújula.

Decía, de hecho, que me gusta recordarlo como un docente agudo e irónico, de vastos conocimientos y capacidad explicativa extraordinaria. Sin embargo, a la fascinación por el discurso y la riqueza argumental, Carlos sabía perfectamente añadir de manera puntual las justas gotas de autoridad y de control del aula mediante un dominio escénico que he visto en muy pocos docentes. Carlos Forcadell ocupa un espacio enorme en mi vida profesional. Como alumno, aprendí de lo teórico y de lo práctico. Como investigador, su legado fue siempre el de la pregunta justa en el momento crítico, algo nunca reñido con un cariño y un afecto personalísimos. Como historiador, su presencia en todas las presentaciones de mis libros, incluida sobre todo aquella de 2005 en la que no estaba previsto que participase pero que presidió en ausencia (aún hoy no justificada) del invitado principal, supuso siempre un reto para intentar estar a la altura. Como compañero, recuerdo cómo le entristeció mi decisión de marchar de Zaragoza y sus palabras de aquel día: «no creo que allá te quieran tanto como nosotros». Como amigo, en fin, son muchos los recuerdos, de alegrías y también de tristezas. La misma mañana que falleció Juan José Carreras me lo encontré por casualidad en la Puerta del Carmen, pues yo tenía una visita médica en su mismo edificio, y sus lágrimas me conmovieron entonces y me conmueven ahora.

Pero decía, sobre todo me quedo con su labor de profesor. El legado de Carlos Forcadell como persona, como amigo y como docente se extiende por España y por media Europa. De hecho, muchos de sus mejores alumnos han acabado asentándose profesionalmente fuera de Zaragoza: en Barcelona, en Madrid, en París o en Grenoble, por ejemplo. Desconozco si Mercedes, Nicolás, Javier o José Luis (hay, por supuesto, muchos más) utilizan en sus clases técnicas de control del aula basadas en la fascinación por el discurso bien construido, la ironía y, puntualmente, el uso de la autoridad intelectual. Pero espero que así sea, y que de alguna manera u otra también lo hagan como una forma de recuerdo y homenaje a Carlos Forcadell. Porque puede que mucho de su legado sea inmaterial. Al final, donde más claramente se notan los signos filiales es en el recuerdo y en la repetición, consciente o no, de las maneras de moverse, de caminar o de hablar.